

MANOS A TRAVÉS DEL TRIGAL

Por *Rosa María Brown*

EL TRIGAL parecía un campo de oro, y a Carlos le gustaba verlo ondear agitado por el viento.
—Se forman olas como en el agua —exclamó Carlos. Su padre sonrió.
—Sí, hijo. Y mañana entrará la cosechadora. Carlos sabía lo que era la cosechadora. Era una enorme máquina que daba vueltas y vueltas alrededor del campo. Esa máquina cosechaba el grano que estaba en las espigas y lo arrojaba en camiones que luego lo llevaban al mercado del pueblo.
En un sentido, Carlos estaba un poco triste pensando en que ya no podría ver ondear el trigo con el viento por mucho tiempo más. Si la cosechadora comenzaba a trabajar en la mañana, lo más probable sería que en la tarde todo el campo estaría cosechado.



—Extrañaré el trigal, papá —murmuró Carlos. El padre sonrió y poniendo su mano en el hombro de Carlos, dijo:
—Creo que yo también. Pero es la época de la cosecha. Tú sabes, la Biblia dice que hay un tiempo para la siembra y un tiempo para la cosecha. Sembramos el trigo en la época debida, y creció muy bien. Después de muchos meses el viento y las lluvias lo maduraron. Ahora está listo para ser cosechado. Si queda demasiado tiempo en la planta, los tallos que sostienen las espigas se debilitarán y caerán. Entonces perderemos el grano.
Carlos escuchó en silencio a su padre. Luego sonrió porque sabía que sus padres necesitaban el dinero que les daría el trigo, para pagar la granja. Lentamente extendió la mano y tomó la de su padre.
—Me alegro que sea la época de la cosecha.
—Y yo también —añadió su padre apretándole firmemente la mano.
A la mañana siguiente Carlos y su hermanita Lisa salieron para ver la cosechadora cuando llegara, por el camino del pueblo. El cielo estaba claro, y el sol brillaba con todo su esplendor. Transcurrió un largo rato, pero la cosechadora no llegó.
Lisa se puso inquieta.
—Hagamos otra cosa —rogó—. Estoy cansada de esperar la "cosechadora". Carlos se rió.
—Muy bien. ¿Por qué no cazamos mariposas mientras tanto? Acabo de ver una que voló hacia el trigal.
—¡Oh, sí! —palmoteó Lisa— ¡Yo también veo una!
Y salió corriendo hacia la casa tan rápido como se lo permitían sus piernecitas regordetas. Carlos se quedó mirándola por unos instantes y luego él mismo se puso a perseguir una mariposa. Y no sabe cuánto tiempo pasó cazando mariposas. Pronto perdió de vista la primera, pero vio otras, de todos colores y tamaños que atrajeron su atención. Se olvidó de Lisa y de la cosechadora, hasta que oyó que venía por el camino.
—¡Lisa! —gritó dirigiéndose a la casa—. ¡Aquí viene la cosechadora!
Pero Lisa no contestó. La madre oyó los gritos de Carlos, y salió al porche.
—Lisa no está conmigo —dijo la madre—. Pensé que había salido contigo para ver llegar la cosechadora.
—Ella estaba —explicó Carlos—. Pero empezamos a cazar mariposas. Yo la vi correr hacia la casa tratando de agarrar una.
Carlos vio a su padre que salía del galpón y corrió a encontrarlo.
—Papá, ¿está Lisa en el galpón? —preguntó.
—No —respondió el padre extrañado—. Pensé que estaba contigo.

Carlos sintió deseos de llorar.

—Ella estaba —dijo—. Pero empezamos a cazar mariposas, y ahora yo no sé dónde está.

El papá pareció preocupado, pero le dio una palmadita en el hombro para consolarlo.

—La encontraremos —dijo—. Le diré a los hombres que no pongan en marcha la cosechadora. Lisa puede estar en el trigal.

Carlos miró hacia el trigal que tenía hectáreas y hectáreas de extensión. ¿Cómo podrían encontrar a Lisa en ese enorme campo? Pero el papá tenía un plan. El y los hombres de la cosechadora, juntamente con la madre y Carlos se tomarían de la mano y caminarían a través del campo.

—Caminaremos y llamaremos hasta que lleguemos al fondo —explicó el papá—. Entonces daremos vuelta y regresaremos caminando otra vez. Así no pasaremos por alto ni un solo lugar. Lisa puede haberse sentado en algún lugar para descansar y haberse dormido; en ese caso no nos oírás llamarla. Si no nos tomamos de la mano, en este trigal tan grande podríamos no encontrarla.

Los hombres pensaron que el plan era bueno. Cuando se alinearon y se tomaron de la mano, el papá elevó una oración pidiendo la ayuda de Jesús.

Cuando terminó la oración, Carlos tomó la mano de su padre y extendió la otra para tomar la mano de otra persona. Pero se sorprendió. Estaba en el extremo de la línea.

El papá lo miró y le dijo suavemente:

—Tómame de la mano de Jesús, hijo. El nos ayudará a encontrar a Lisa.

Mientras cruzaban el trigal, Carlos casi sintió que Jesús lo estaba teniendo de la mano. El trigo era muy alto. En algunos lugares era más alto que él, pero por alguna razón no le costaba caminar a través de esas plantas tan altas.

Carlos podía oír que todos los hombres que formaban la línea llamaban a Lisa. También el papá y la mamá la llamaban. El no lo hacía. Tenía que mantenerse al paso con su papá que daba zancadas muy grandes.

De repente Carlos se soltó de la mano de su papá y comenzó a correr a través del trigal. Cuando se hubo adelantado un poco, se detuvo, se arrodilló y oró. Oyó que su padre lo llamaba para que regresara antes de que él también se perdiera, pero cuando terminó de orar, se levantó y corrió en otra dirección.

De pronto se detuvo. Justo frente a él estaba Lisa. Estaba durmiendo en el trigal.

—¡Papá! —gritó Carlos—. ¡Papá, aquí está Lisa!

Cuando llegó el padre, Lisa se despertó y se frotó los ojos.

—Me perdí —sollozó—. llamé y llamé, pero nadie sabía dónde estaba yo.

Carlos la tomó de la mano.

—Jesús sabía. El me ayudó a encontrarte. Cuando nos tomamos de la mano para buscarte, papá me dijo que me tomara de la mano de Jesús. Jesús me dijo lo que debía hacer.

Para entonces, los demás que habían estado buscando a Lisa, llegaron al lugar. Oyeron lo que Carlos dijo. Uno de los hombres sonrió y le dijo:

—Hijo, creo que realmente Jesús te llevó de la mano.

Carlos sonrió a su vez. Estaba seguro de que Jesús había extendido su mano a través de todo el trigal.

MANOS QUE HABLAN

La señorita Carolina Duprant se sentó en el sillón más cómodo de su vestíbulo para escuchar, mientras sus manos se entretenían con un trabajito de croché, los trozos de melodía que provenían de la casita vecina. De vez en cuando, del otro lado del cerco verde que separaba su casa de la familia Aranda, Carolina podía ver los desnudos y bronceados brazos de Luisa que resplandecían al sol mientras sacudía enérgicamente su escobillón por la ventana. La mayor parte del tiempo, empero, podía tan sólo oír a su vecinita cantar alegremente a solas mientras barría, quitaba el polvo o cocinaba. Su alegre canturreo indicaba siempre a Carolina cómo le iba a Luisa.

Desde hacía muchos meses, es decir, desde que falleció la madre de Luisa y ella quedó a cargo de sus tres hermanitos menores, Carolina había prestado oído atento a las indicaciones de ese barómetro.

Por supuesto, que hubo muchas ocasiones en las que durante esos largos meses, el canturreo se detuvo por un rato -en momentos en que la joven necesitaba un poquito de silencio; la primera vez fue al principio, cuando las tentativas culinarias de Luisa parecían fracasar de continuo; y otra vez, más tarde, cuando Robertito tuvo la tos convulsa. Y cada vez que reinaba el silencio en la casita, Carolina se las arreglaba para hallar un pretexto a fin de trasponer el cerco.

Luisa estaba a punto de subir a su habitación para cambiarse de ropa. Pero aconteció algo, pues su canto se detuvo en medio de una nota. Carolina miró hacia la calle y alcanzó a ver a María Elena Tracy que entraba en la casa de la familia Aranda.

María Elena, con su nuevo vestido amarillo, armonizaba maravillosamente con la soleada tarde, pero, aunque era muy bonita, Carolina no pudo menos que fruncir el ceño al verla.

¡Así que eso era lo que había ahogado el canto! Sin duda Luisa había alcanzado a ver a María Elena cuando se acercó a la ventana para sacudir el escobillón por última vez antes de guardarlo. ¡Pobre Luisa, que no se había cambiado todavía, y que tenía aún los hermosos cabellos cubiertos con un pañuelo para protegerlos del polvo! Era verdaderamente poca consideración de parte de María Elena venir a visitarla antes que estuviese lista para recibir visitas, y especialmente el hecho de venir a ostentar sus hermosos atavíos delante de otra niña que apreciaba igualmente las cosas lindas pero que tenía tan poco tiempo para usarlas.

Después de lo que a Carolina la pareció una espera interminable, María Elena se alejó con su paso de sílfide, totalmente despreocupada, mientras Carolina permanecía sentada y con el oído atento. Pero de la casita vecina no provenía ni una sola nota.

El ceño se intensificó en la cara de Carolina, pero casi inmediatamente fue reemplazado por una expresión inteligente. En seguida entró en su cocina, y eligiendo algunos de los pasteles más dorados que estaban en el estante, se dirigió hacia la casa de los Aranda, en la que entró sin llamar.

Exactamente como lo había sospechado, Luisa estaba sentada delante de la mesa, en la cocina, con la cabeza apoyada sobre un brazo.

-¿Qué te pasa, criatura? ¿Es cuestión de vestidos? -preguntó, con el tono de quien entiende de qué se trata.

-No, no se trata de vestidos -contestó Luisa, tratando en vano de sonreír -es cuestión de manos.

-¡De manos! -exclamó Carolina tomando una de las de Luisa entre las suyas y acariciándola suavemente. - ¿Qué puede haber de malo en esta manecita, dime? Es fuerte, hábil, sana y hermosamente formada...

-Pero rasguñada, llena de cortes, magulladuras y quemada por el sol, fíjate. -Luisa extendió la otra mano, que ostentaba una venda en derredor del dedo meñique. Me lo corté momentos antes que llegara María Elena...

-¡Ah! -exclamó Carolina moviendo la cabeza-, me parecía que María Elena tenía algo que ver con el asunto. Supongo que no la estarás envidiando.

-¡Oh, sí! -admitió Luisa-. ¿Te fijaste en sus manos alguna vez? Son demasiado hermosas y delicadas para ser naturales. ¡Qué blancas, suaves y chiquitas son!

-¡Exactamente! -repuso con tono grave Carolina, sin cuidarse de lo que decía- Como dices, son demasiado bonitas para ser naturales. Son demasiado suaves para tener utilidad alguna en este mundo.

-Pero, Carolina, ¿no te gustan las manos de María Elena? -preguntó asombrada Luisa.

-No, por cierto -repuso Carolina- Serán lindas a la vista, sí. Pero no hermosas.

-¡Oh! Carolina, ¿cómo puedes decir eso?

-Porque es la verdad. Te olvidas de lo que es la verdadera belleza. ¿No recuerdas que una de esas cicatrices que llevan tus manos es una señal de servicio, y que cada rasguño es un símbolo del trabajo bien hecho? Algún día María Elena se dará cuenta de que nunca, nunca pueden sus manos ser tan bellas como las tuyas. Al terminar su profecía, Carolina pareció acordarse de repente de que debía volver a su casa y hacia allí se encaminó. Al llegar a la puerta se dio vuelta y dijo:

-Hice demasiados pasteles hoy. ¿Crees que algunos te vendrían bien para la cena? -y le alcanzó el plato con los pasteles que había traído.

-¡Oh, qué amable eres! -exclamó Luisa al recibirlos. -Yo sé que hiciste demasiados a propósito.

La profecía de Carolina se cumplió, y mucho antes de lo que ella misma había esperado. Transcurrió tan sólo una semana antes de que volviese a ver a María Elena entrar otra vez, con su vivacidad acostumbrada, en la casita vecina. Traía esta vez a su hermanita Gertrudis, linda criatura de cinco años, rubia y bellamente ataviada. La Srta. Carolina suspiró porque sabía muy bien que la pequeña Gertrudis, de largos y dorados rizos, de grandes ojos azules y de sonrisa angelical, podía idear más travesuras que Robertito Aranda, el cual, por su propia cuenta podía mantener a Luisa ocupada en hacer fracasar las diabluras que él inventaba. Robertito y Gertrudis aceptaron alegremente la indicación de ir a jugar en el patio, mientras que las dos niñas mayores se acomodaban en la galería.

-Ahora, háblame de tu viaje a Buenos Aires -dijo Luisa a María Elena, y en seguida se quedaron ambas enfrascadas en los planes que la visitante estaba haciendo de viajar a la gran ciudad. Carolina recogió su labor y entró en su casa. Había visto a los niños correr por el patio, pero no les prestó mayor atención, hasta que oyó un grito, y al correr hacia la ventana divisó el fulgor de una llama. Al instante salió corriendo. Afortunadamente las jóvenes habían llegado antes que ella. Al notar Luisa el desusado silencio en que permanecían los niños, había decidido averiguar qué hacían.

Ella y María Elena habían llegado a la esquina de la casa precisamente a tiempo para ver a Gertrudis encendiendo un fósforo de la caja prohibida que estaba en la mano de Robertito, y mientras sujetaba la punta de uno de sus rizos en la llamita, se reía con traviesa alegría mientras el cabello se achicharraba; luego, al ver acercarse a las jóvenes, instintivamente soltó el fósforo encendido en el mismo instante en que empezó a correr.

Pero al caer, el fósforo encendido prendió fuego al vaporoso género del vestido de la niña, la cual quedó pronto envuelta en llamas mientras corría.

María Elena quiso echar a correr tras ella, pero se detuvo de golpe, como clavada en el suelo y muda, mientras veía lo que sucedía. La pequeña Gertrudis se dio vuelta y huyó, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

-Gertrudis, tírate al suelo, tírate al suelo -ordenó Luisa, tratando de alcanzar a la niña, que enloquecida no hacía más que correr a mayor velocidad.

En ese momento apareció Carolina y trató de detener a la niña. Esta se dio entonces vuelta y tropezó de frente con Luisa.

Sin vacilar un instante, Luisa asió el pequeño cuerpo envuelto en llamas, lo acostó en el suelo, se echó encima, y apagó con las manos las llamas que no había podido sofocar con su cuerpo. En dos minutos todo estaba terminado; pero esos dos minutos devolvieron a María Elena el sentido de la situación. Se le había presentado, como en un espejo, un retrato tan fiel de su personalidad que la espantaba.

-¡Oh, Carolina! -exclamó entre sollozos y cubriéndose el rostro con las manos- Nunca pensé que pudiese ser tan cobarde.

Carolina se había inclinado tiernamente sobre Luisa, que yacía inmóvil sobre el césped. Al oír las palabras que le dirigiera María Elena alzó la cabeza y contestó con amabilidad, tratando de suavizar la impresión de María Elena ante el descubrimiento que acababa de hacer acerca de sí misma.

-No debes juzgarte con demasiada severidad, querida. Siempre se te enseñó a pensar en ti antes que en los demás. Ahora, ayúdame, por favor.

María Elena la ayudó lo mejor que pudo, y se quedó esperando, conteniendo casi la respiración, mientras Carolina declaraba que su hermanita estaba casi ilesa, a no ser por unas quemaduras sin importancia en los brazos y las piernas, y por la pérdida de sus hermosos rizos.

-Pero, si no hubiese sido por Luisa...y María Elena se estremeció. Luego se arrodilló y alzó una de las manos que habían salvado a su hermanita. Involuntariamente cerró los ojos al ver el aspecto lastimero que presentaba.

Luego, extendió sus propias manos delante de sí, las miró como si fuesen un objeto de horror, exclamando: -¡Oh! no podré nunca más mirarme las manos sin odiarlas. ¿No habrá nada que podrían hacer para expiar mi insensatez?

Carolina lavó cuidadosamente con aceite los pobres dedos de Luisa, quemados y llenos de ampollas, y empezó a vendarlos antes de contestar:

-Transcurrirán muchos días antes de que Luisa pueda volver a valerse de sus manos. Si realmente quieres ayudarla, podrías postergar tu viaje a Buenos Aires y hacer el trabajo de la casa hasta que pueda volver a encargarse de él.

Momentos más tarde, después de que el médico examinó a Luisa y aseguró que las cicatrices no la desfigurarían, como se había pensado al principio, Carolina se hallaba en la cocina con María Elena, a quien había estado enseñando cómo preparar la cena.

-Carolina -empezó a decir María Elena mientras alzaba la tapa de una cacerola para probar si las zanahorias estaban a punto-, ¿qué quería decir Luisa mientras deliraba y murmuraba algo acerca de "manos que hablan"?

Carolina se lo explicó tan bondadosamente como pudo.

-¿Cómo pude pensar alguna vez que mis manos eran hermosas -preguntó con asombro María Elena-, cuando no eran sino mudas?

E irreflexivamente quiso tomar la tapa de la cacerola, que había dejado sobre la estufa, pero la dejó caer con un grito.

-¡Ay! ¡Me quemé! -exclamó.

Pero de repente un pensamiento cruzó por su mente, y se miró el dedo. ¿Le habría dejado una marca? Sí, efectivamente.

-Carolina, creo que el silencio de mis manos terminó para siempre -explicó alzando con orgullo su rosado dedo quemado-. Es la primera palabra que dicen, pero -y Carolina sonrió con ternura al notar la resolución que manifestaba la voz de María Elena-, te aseguro que no va a ser la última.

MARTIN LUTERO

El gran reformador 1483-1546

Juan Hus dijo en la cárcel, cuando fue sentenciado por el Papa a ser quemado vivo: "Pueden matar el ganso (en su lengua 'hus' quiere decir ganso), pero dentro de cien años aparecerá un cisne que no podrán quemar."

Mientras caía la nieve y el viento helado aullaba como una fiera alrededor de la casa, nació ese "cisne", en Eisleben, Alemania. Al día siguiente el recién nacido fue bautizado en la Iglesia de San Pedro y San Pablo, y como era ése el día de San Martín, el pequeño recibió el nombre de Martín Lutero.

Ciento dos años después de que Juan Hus expirara en la hoguera, el "cisne" fijó en la puerta de la iglesia de Wittenberg, sus noventa y cinco tesis contra la venta de indulgencias, hecho que dio origen a la Gran Reforma. Juan Hus se equivocó en sólo dos años en su predicción.

Para dar el debido valor a la obra de Martín Lutero, es necesario recordar el obscurantismo y la confusión que reinaban en la época en que él nació.

Se calcula que por lo menos un millón de albigenses habían sido muertos en Francia en cumplimiento de una orden del Papa, de que esos "herejes" (que sustentaban la Palabra de Dios) fuesen cruelmente exterminados. Wycliffe, "la Estrella del Alba de la Reforma", había traducido la Biblia a la lengua inglesa.

Juan Hus, discípulo de Wycliffe, había muerto en la hoguera en Bohemia suplicando al Señor que perdonase a sus perseguidores. Jerónimo de Praga, compañero de Hus y también un erudito, había sufrido el mismo suplicio cantando himnos en las llamas hasta que exhaló su último suspiro. Juan Wessel, un notable predicador de Erfurt, había sido encarcelado por enseñar que la salvación se obtiene por gracia.

Aprisionaron su frágil cuerpo entre hierros, donde murió cuatro años antes del nacimiento de Lutero. En Italia, quince años después del nacimiento de Lutero, Savonarola, un hombre dedicado a Dios y fiel predicador de la Palabra, fue ahorcado y su cuerpo fue reducido a cenizas, por orden de la iglesia.

Fue en tal época que nació Martín Lutero. Como muchos de los hombres más célebres, pertenecía a una familia pobre. El acostumbraba decir: "Soy hijo de campesinos; mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo fueron verdaderos campesinos." Luego añadía: "Tenemos tanta razón para vanagloriarnos de nuestra ascendencia, como tiene el diablo para enorgullecerse de su linaje angelical."

Los padres de Martín tuvieron que trabajar incansablemente para poder vestir, alimentar y educar a sus siete hijos. El padre trabajaba en las minas de cobre, y la madre, además de atender a sus quehaceres domésticos, transportaba leña sobre sus espaldas desde el bosque.

Sus padres no solamente se interesaban por el desarrollo físico e intelectual de sus hijos, sino también por su desenvolvimiento espiritual. Cuando Martín tuvo uso de razón, su padre le enseñó a arrodillarse al lado de su cama, por las noches antes de acostarse, y rogaba a Dios que hiciese que el niño recordara el nombre de su Creador. (Ecl_12:1.)

Su madre era sincera y devota; así pues, enseñó a sus hijos que considerasen a todos los monjes como hombres santos, y a todas las transgresiones de los reglamentos de la iglesia, como transgresiones de las leyes de Dios. Martín aprendió los Diez Mandamientos y el "Padre Nuestro", a respetar la Santa Sede en la distante y sagrada Roma, y a mirar reverentemente cualquier hueso o fragmento de ropa que hubiese pertenecido a algún santo. Sin embargo, su religión se basaba más en que Dios era un Juez vengativo, que un Amigo de los niños. (Mateo 19:13-15.) Siendo ya adulto, Lutero escribió: "Me estremecía y me ponía pálido al oír mencionar el nombre de Cristo, porque me habían enseñado a considerarlo como un juez encolerizado. Nos habían enseñado que nosotros mismos debíamos hacer propiciación por nuestros pecados; que no podemos compensar suficientemente nuestras culpas, sino que es necesario recurrir a los santos del cielo, y clamar a María para que interceda a nuestro favor desviando de nosotros la ira de Cristo."

El padre de Martín, sintiéndose muy satisfecho con los trabajos escolares de su hijo en la villa donde vivían, decidió mandarlo, cuando cumplió los trece años de edad, a la escuela franciscana de la ciudad de Magdeburgo.

El joven se presentaba frecuentemente al confesonario, donde el sacerdote le imponía penitencias y lo obligaba a practicar buenas obras a fin de obtener la absolución. Martín se esforzaba incesantemente por

conseguir el favor de Dios, mediante la piedad, y ese mismo deseo lo llevó más tarde a la vida del convento.

Para su subsistencia en Magdeburgo, Martín tenía que pedir limosna por las calles, cantando canciones de puerta en puerta. En vista de ello sus padres, pensando que en Eisenach lo pasaría mejor, lo enviaron a estudiar en esa ciudad, donde, además, vivían parientes de su madre. No obstante, esos parientes no le prestaron ninguna ayuda, y el joven tuvo que seguir pidiendo limosna para poder comer.

Cuando ya estaba a punto de abandonar sus estudios, para ponerse a trabajar con las manos, cierta señora acomodada, Doña Úrsula Cota, atraída por sus oraciones en la iglesia y conmovida por la humildad con que recibía cualquier sobra de comida, en su puerta, lo acogió en el seno de su familia. Por vez primera Lutero conoció lo que era la abundancia. Años más tarde él se refirió a la ciudad de Eisenach como "la ciudad bien amada". Cuando Lutero se hizo famoso, uno de los hijos de la familia Cota fue a cursar sus estudios en Wittenberg, donde Lutero lo recibió en su casa.

Cuando vivió en la casa de Doña Úrsula, su afectuosa madre adoptiva, Martín hizo progresos muy rápidos, recibiendo una sólida educación. Su maestro, Juan Trebunius, era un hombre culto y de método esmerado. No maltrataba a sus alumnos como lo hacían los demás maestros. Se cuenta que al encontrarse con los muchachos de su escuela, los saludaba quitándose el sombrero, porque... "nadie sabía si entre ellos había futuros doctores, regentes, cancilleres o reyes..." Para Martín, el ambiente de la escuela y del hogar le fue favorable para formar un carácter fuerte e inquebrantable, tan necesario para enfrentar a los más temibles enemigos de Dios.

Martín Lutero era más sobrio y devoto que los demás muchachos de su edad. Refiriéndose a ese hecho, Doña Úrsula dijo, a la hora de su muerte, que Dios había bendecido su hogar grandemente desde el día en que Lutero entró a su casa.

Mientras tanto, los padres de Martín habían prosperado algo económicamente. El padre había alquilado un horno para la fundición de cobre, y después compró otros dos. Había sido electo concejal de su ciudad, y comenzó a hacer planes para educar a sus hijos. Sin embargo, Martín nunca se avergonzó de los días de sus pruebas y de su miseria; al contrario, los consideraba como la mano de Dios, que lo había guiado dirigiéndolo y preparándolo para su gran obra. Nadie puede, en la edad madura, encarar seriamente y con ahínco las vicisitudes de la vida, si no aprende por experiencias mientras es joven.

A los dieciocho años, Martín deseaba estudiar en una universidad. Su padre, reconociendo la capacidad de su hijo, lo envió a Erfurt, que era entonces el centro intelectual del país, donde cursaban sus estudios más de mil estudiantes. El joven estudió con tanto ahínco, que al fin del tercer semestre obtuvo el grado de bachiller en filosofía. A la edad de veintiún años alcanzó el segundo grado académico, el de doctor en filosofía; los estudiantes, profesores y autoridades le rindieron significativo homenaje.

Dentro de los muros de Erfurt había cien predios que pertenecían a la iglesia, incluyendo ocho conventos. Había también una importante biblioteca, que pertenecía a la universidad, donde Lutero pasaba todo su tiempo disponible. Siempre rogaba fervorosamente a Dios que le prodigase su bendición en sus estudios. El acostumbraba decir: "Orar bien es la mejor parte de los estudios." Sobre él escribió cierto colega: "Cada mañana él precede sus estudios con una visita a la iglesia y con una oración a Dios."

Su padre, deseando que Martín llegara a ser abogado y se volviese célebre, le compró el "Corpus Juris", que es gran obra de jurisprudencia muy costosa.

Sin embargo, el alma de Lutero deseaba ardientemente a Dios, por encima de todas las cosas. Varios acontecimientos influyeron en Lutero induciéndolo a entrar a la vida monástica, decisión esa que llenó de profunda tristeza a su padre y horrorizó a sus compañeros de la universidad.

Primero, en la biblioteca se encontró con el maravilloso libro de los libros, la Biblia completa, en latín. Hasta entonces Lutero había creído que las pequeñas porciones escogidas por la iglesia para que se leyeran los domingos eran toda la Palabra de Dios. Después de leer la Biblia durante un largo rato, exclamó: "¡Oh! ¡Si la Providencia me diese un libro como éste, sólo para mí!" Al seguir leyendo las Escrituras, su corazón comenzó a percibir la luz que irradia de la Palabra de Dios, y su alma a sentir aún más sed de Dios.

Al tiempo de graduarse de bachiller, las largas horas de estudio le ocasionaron una enfermedad que lo llevó al borde de la muerte. De esa manera, su hambre por la Palabra de Dios quedó aún más enraizada en el corazón de Lutero. Algún tiempo después de esa enfermedad, estando de viaje para visitar a su familia,

le dieron un golpe de espada, y dos veces estuvo al borde de la muerte antes de que un cirujano llegase a curarle la herida. Para Lutero, la salvación de su alma sobrepasaba cualquier otro anhelo.

Cierto día, uno de sus íntimos amigos de la universidad fue asesinado. "¡Ah!" exclamó Lutero, horrorizado, "¿qué habría sido de mí si hubiese sido llamado de ésta a la otra vida tan inopinadamente?" Pero de todos esos acontecimientos, el que más le estremeció el espíritu, fue el que experimentó durante una terrible tempestad eléctrica cuando regresaba de visitar a sus padres. No tenía donde guarecerse. El cielo estaba encendido, los rayos rasgaban las nubes a cada instante. De repente, un rayo cayó a su lado. Lutero, lleno de espanto y sintiéndose ya cerca del infierno, se postró gritando: "¡Santa Ana, sálvame y me haré monje!" Más tarde Lutero llamó a ese incidente: "Mi camino real hacia Damasco", y no tardó en cumplir la promesa que le hiciera a Santa Ana. Invitó entonces a sus compañeros para que cenaran con él. Después de la comida, mientras sus amigos se divertían conversando y oyendo música, les anunció repentinamente que de ahí en adelante podrían considerarlo muerto, puesto que él iba a entrar al convento. En vano sus compañeros trataron de disuadirlo de su proyecto. En la obscuridad de esa misma noche, el joven, antes de cumplir sus veintidós años de edad, se dirigió al convento de los agustinos, tocó, la puerta se abrió, y Lutero entró. ¡El profesor admirado y festejado, la gloria de la universidad, que había pasado días y noches inclinado sobre los libros, se convertía ahora en un hermano agustino!

El monasterio de los agustinos era el mejor de los claustros de Erfurt. Sus monjes eran los predicadores de la ciudad, muy estimados por sus obras de caridad entre la clase pobre y oprimida. Nunca hubo en aquel convento un monje más sumiso, más devoto y más piadoso que Martín Lutero. Se sometía a los trabajos más humildes, como el ser portero, sepulturero, barrendero de la iglesia y de las celdas de los monjes. No rehusaba salir a mendigar el pan cotidiano para el convento, en las calles de Erfurt.

Durante el año de noviciado, antes de hacerse monje, los amigos de Lutero hicieron todo lo posible para disuadirlo de que llevase a cabo su decisión. Los compañeros que el convidó a cenar para anunciarles su intención de hacerse monje, se quedaron dos días junto al portón del convento esperando que él regresase al mundo. El padre de Lutero casi enloqueció al comprobar que sus ruegos eran inútiles y que todos los planes que él había forjado para el porvenir de su hijo habían fracasado.

Lutero se disculpaba diciendo: Hice una promesa a Santa Ana, para salvar mi alma. Entré al convento y acepté ese estado espiritual solamente para servir a Dios y agradecerle durante la eternidad.

Sin embargo, demasiadas ilusiones se había hecho Lutero. Después de procurar crucificar la carne con ayunos prolongados, imponiéndose las más severas privaciones, y realizando un sinnúmero de vigili­as, halló que, encerrado en su celda, todavía tenía que luchar contra los malos pensamientos. Su alma clamaba: "Dadme santidad o muero por toda la eternidad; llevadme al río de aguas puras y no a estos manantiales de aguas contaminadas; conducidme a las aguas de vida que salen del trono de Dios."

Cierto día Lutero encontró en la biblioteca del convento una vieja Biblia en latín, agarrada a la mesa por una cadena; para él, ésta fue un tesoro infinitamente mejor que todos los tesoros literarios del convento. Estuvo tan embebecido leyéndola, que durante semanas enteras dejó de repetir las oraciones diurnas de la orden. Luego, despertado por la voz de su conciencia, Lutero se arrepintió de su negligencia; era tal su remordimiento que no podía dormir. Se apresuró entonces a enmendar su error, y puso en ello tanto empeño que hasta se olvidaba de tomar sus alimentos.

En esas circunstancias, enflaquecido al máximo por tantos ayunos y vigili­as, se sintió oprimido por los temores hasta llegar a perder los sentidos y caer al suelo. Así lo hallaron los otros monjes |y quedaron admirados nuevamente por su piedad excepcional!

Lutero sólo recobró el conocimiento cuando un grupo de frailes del coro lo rodeó cantando. La suave armonía le llegó hasta el alma y le despertó el espíritu. Sin embargo, aun así le faltaba la paz perpetua para su alma, aún no había oído cantar al coro celestial: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad."

En ese tiempo, el vicario general de la orden de los agustinos, Staupitz, visitó el convento. Era un hombre de gran discernimiento y devoción profunda; comprendió inmediatamente el problema del joven monje, y le ofreció una Biblia en la cual éste leyó: "El justo vivirá por fe." Por cuánto tiempo Lutero había anhelado: "¡Oh, si Dios me diese un libro de estos sólo para mil" — ¡Ahora él ya lo poseía!

En la lectura de la Biblia encontró un gran consuelo, pero la obra no podía completarse en un día. Quedó entonces más resuelto que nunca a alcanzar la paz para su alma en la vida monástica, ayunando y pasando

noches enteras sin dormir. Estando gravemente enfermo exclamó: "[Mis pecados! ¡Mis pecados!" A pesar de que su vida estaba libre de manchas, como él afirmaba y otros atestiguaban, se sentía culpable ante Dios, hasta que un anciano monje le recordó una palabra del Credo: "Creo en el perdón de los pecados." Vio entonces que Dios no solamente había perdonado los pecados de Daniel y de Simón Pedro, sino también los suyos.

Poco tiempo después de esos acontecimientos, Lutero se ordenó de sacerdote. La primera misa que celebró fue un gran suceso. Su padre, que no lo había perdonado desde el día en que él había abandonado sus estudios de jurisprudencia hasta ese momento, asistió a la primera misa, después de viajar a caballo desde Mansfield acompañado por veinticinco amigos, y trayendo un buen donativo para el convento. Después que cumplió los veinticinco años de edad, Lutero fue designado para la cátedra de filosofía de Wittenberg, a donde se mudó para vivir en el convento de su orden. Sin embargo, su alma tenía ansias de la Palabra de Dios y del conocimiento de Cristo. En medio de las ocupaciones que le imponía su cátedra de filosofía, se dedicó al estudio de las Escrituras, y en ese primer año obtuvo el título de "bachiller en Biblia". Su alma ardía con el fuego de los cielos; de todas partes afluían multitudes para escuchar sus discursos, los cuales emanaban abundante y vivamente de su corazón, sobre las maravillosas verdades reveladas en las Escrituras. Uno de los más famosos profesores de Leipzig, conocido como "La luz del mundo", dijo: "Este fraile avergonzará a todos los doctores; pregonará una doctrina nueva y reformará toda la iglesia, porque él se basa en la Palabra de Cristo. La Palabra que nadie en el mundo puede resistir, y nadie puede refutar, aun cuando se la ataque con todas las armas de la filosofía."

Uno de los puntos culminantes de la biografía de Lutero es su visita a Roma. Había surgido una disputa reñida entre siete conventos de los agustinos y decidieron llevar los puntos de la desavenencia para que el Papa los resolviera. Como Lutero era el hombre más hábil y más elocuente, y además, era altamente apreciado y respetado por todos los que lo conocían, fue escogido para representar a su convento en Roma.

Lutero hizo el viaje a pie en compañía de otro monje. En aquel tiempo Lutero todavía estaba fiel y enteramente dedicado a la Iglesia Católica. Cuando, al fin llegaron a un punto del camino desde donde se avistaba la famosa ciudad, Lutero cayó de rodillas y exclamó: "¡Ciudad Santa, yo te saludo!"

Los dos monjes pasaron un mes en Roma visitando los diversos santuarios y los lugares de peregrinación. Lutero celebró misa diez veces. [Lamentó entonces que sus padres no se hubiesen muerto todavía, porque los hubiera podido rescatar del purgatorio! Un día, subiendo la Santa Escalinata de rodillas, a fin de ganarse la indulgencia que el jefe de la iglesia prometía por ese sacrificio, resonaron en sus oídos con voz de trueno las palabras de Dios: "El justo vivirá por la fe." Lutero se levantó y salió avergonzado.

Después que vio la corrupción tan generalizada que había en Roma, su alma se apegó a la Biblia, más que nunca. Al llegar de regreso a su convento, el vicario general insistió en que diese los pasos necesarios para obtener el título de doctor, el cual le daría el derecho de predicar. Sin embargo, reconociendo Lutero la enorme responsabilidad que eso le acarrearía ante Dios y no queriendo ceder, dijo: "No es de poca importancia que el hombre hable en lugar de Dios... Ah, señor doctor, al pedirme que lo haga, me quitáis la vida; no resistiré más de tres meses." El vicario general le respondió: "¡No importa! Que así sea, en nombre de Dios, puesto que Dios también necesita en los cielos a hombres consagrados e inteligentes." Ya elevado a la dignidad de doctor en teología, el corazón de Lutero ardía aún más en deseos de profundizar sus conocimientos de las Sagradas Escrituras; fue entonces nombrado predicador de la ciudad de Wittenberg.

Los libros que él estudió y sus márgenes llenos de anotaciones que escribió en letra menuda, sirven a los eruditos de hoy como ejemplo, por la forma cuidadosa y ordenada en que Lutero realizó sus estudios.

El mismo escribió lo siguiente acerca de la gran transformación que experimentó su vida en ese tiempo: "Deseando ardientemente comprender las palabras de Pablo, comencé a estudiar su epístola a los Romanos. Sin embargo, noté que en el primer capítulo consta que la justicia de Dios se revela en el evangelio (w. 16, 17). Yo detestaba las palabras: la justicia de Dios, porque conforme me enseñaron, yo la consideraba como un atributo del Dios Santo que lo lleva a castigar a los pecadores. A pesar de vivir irrepreensiblemente como monje, mi conciencia perturbada me mostraba que era pecador ante Dios. Así, yo detestaba a un Dios justo, que castiga a los pecadores... Tenía la conciencia intranquila, en lo íntimo mi alma se sublevaba. Sin embargo, volvía siempre al mismo versículo, porque quería saber lo que Pablo enseñaba. Al fin, después de meditar sobre ese punto durante muchos días y noches, Dios en su gracia

infinita me mostró la palabra: 'El justo vivirá por la fe.' Vi entonces que la justicia de Dios, en este versículo, es la justicia que el hombre piadoso recibe de Dios mediante la fe, como una dádiva."

De esa forma el alma de Lutero se libró de su esclavitud. El mismo así lo escribió: "Entonces me sentí recién nacido, y en el paraíso. Todas las Escrituras tenían ahora para mí otro significado; las escudriñaba para ver todo cuanto enseñan sobre la "justicia de Dios". Antes, esas palabras eran odiosas para mí; ahora las recibí con el más intenso amor. Ese versículo fue para mí la puerta de entrada al paraíso."

Después de esa experiencia maravillosa, Lutero predicaba diariamente; en ciertas ocasiones llegaba a predicar hasta tres veces al día, conforme él mismo lo cuenta: "Lo que el pastor es para el rebaño, la casa para el hombre, el nido para el pajarito, la peña para la cabra montés, el arroyo para el pez, eso es la Biblia para las almas fieles." Por fin, la luz del evangelio rasgó las tinieblas en que vivía, y el alma de Lutero ardía por conducir a sus oyentes hacia el Cordero de Dios, que quita todo el pecado.

Lutero hizo que el pueblo considerase la verdadera religión, no como una simple profesión, o un sistema de doctrinas, sino como la vida misma en Dios. La oración no fue más un ejercicio sin sentido, sino una comunión con Dios, quien nos cuida con un amor infinito. Mediante sus sermones, Dios reveló su corazón a miles de oyentes, a través del corazón de Lutero.

Durante una convención de agustinos Lutero fue invitado a predicar, pero en vez de dar un mensaje doctrinal de sabiduría humana, como era de esperarse, pronunció un ardiente discurso contra la lengua maldiciente de los monjes. Los agustinos, impresionados por ese mensaje, ¡lo eligieron director a cargo de once conventos!

Lutero no solamente predicaba la virtud, sino que también la practicaba, amando verdaderamente a su prójimo. En ese tiempo la peste procedente del oriente, visitó a Wittenberg. Se calcula que la cuarta parte de la población de Europa, la mitad de la población de Alemania, fue segada por la peste. Cuando profesores y estudiantes huyeron de la ciudad, instaron a Lutero que huyese también; pero él respondió: "¿A dónde he de huir? Mi lugar está aquí; el deber no me permite ausentarme de mi puesto, hasta cuando Aquel que me envió a este lugar me llame. No es que yo no le tema a la muerte, sino que espero que el Señor me dé ánimo." Así era como Lutero ejercía su ministerio guiando el alma y el cuerpo de sus semejantes durante un tiempo de aflicción y angustia universales.

La fama del joven monje se esparció hasta muy lejos. Entretanto sin reconocerlo, mientras trabajaba incansablemente para la iglesia, se había alejado del rumbo liberal que ella seguía en doctrina y práctica. En el mes de octubre de 1517, Lutero fijó a la puerta de la iglesia del Castillo de Wittenberg sus 95 tesis, cuyo tenor era que Cristo requiere el arrepentimiento y la tristeza por el pecado cometido, y no la penitencia. Lutero fijó sus tesis o proposiciones para un debate público, en la puerta de la iglesia, como era costumbre en ese tiempo. Pero esas tesis, escritas en latín, fueron enseguida traducidas al alemán, al holandés y al español. Antes de transcurrido un mes, para sorpresa de Lutero, sus tesis ya habían llegado a Italia y estaban haciendo temblar los cimientos del viejo edificio de Roma. Fue como consecuencia de ese acto de fijar las 95 tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg que nació la Reforma, es decir, que fue eso lo que dio origen al gran movimiento de almas que en todo el mundo ansiaban volver a la fuente pura, a la Palabra de Dios. Sin embargo, Lutero no atacó a la iglesia católica; al contrario, salió en defensa del Papa contra los vendedores de indulgencias.

En el mes de agosto de 1518, Lutero fue llamado a Roma para responder a la acusación de herejía que se le imputaba. No obstante, el elector Federico no consintió que lo sacasen fuera del país, por lo que Lutero fue intimado a presentarse en Augsburgo. "Te quemarán vivo", insistían sus amigos. Lutero entonces les respondió resueltamente: "Si Dios sustenta la causa, la causa subsistirá."

La orden que emitió el nuncio del Papa en Augsburgo, fue: "Retrátense o no saldrá de aquí." Sin embargo, Lutero consiguió huir de la ciudad atravesando una pequeña cancela en el muro de la ciudad, aprovechando la obscuridad de la noche. Al llegar de nuevo a Wittenberg, un año después de fijar sus tesis, Lutero se había convertido en el personaje más popular de toda Alemania. No existían periódicos en ese tiempo, pero de la pluma de Lutero fluían las respuestas a todos sus críticos, que eran luego publicadas en folletos. Lo que Lutero escribió en esa forma, hoy completa cien volúmenes.

Erasmus, el célebre humanista y literato holandés, le escribió a Lutero: "Sus libros están despertando a todo el país... A los hombres más eminentes de Inglaterra les gustan sus escritos..."

Cuando la bula de excomunión, enviada por el Papa, llegó a Wittenberg, Lutero respondió con un tratado dirigido al Papa, León X, exhortándolo en el nombre del Señor a que se arrepintiese. La bula del Papa fue quemada fuera del muro de la ciudad de Wittenberg ante una gran multitud. Sobre el particular, Lutero escribió al vicario general: "En el momento de quemar la bula, yo estaba temblando y orando, pero ahora estoy satisfecho de haber realizado este enérgico acto." Lutero no esperó a que el Papa lo excomulgase, sino que inmediatamente saltó de la Iglesia de Roma a la Iglesia del Dios Vivo.

No obstante, el Emperador Carlos V, que iba a convocar su primera Dieta en la ciudad de Worms, quería que Lutero compareciese para responder, personalmente, a los cargos de sus acusadores. Los amigos de Lutero insistían en que no fuese, alegando: ¿No fue Juan Hus entregado a Roma para ser quemado, a pesar de la garantía de vida dada por el Emperador? Pero en respuesta a todos los que se esforzaban en disuadirlo de comparecer ante sus terribles enemigos, Lutero, fiel al llamado de Dios, les dijo: "Aun cuando haya en Worms tantos demonios cuantas sean las tejas en los tejados, confiando en Dios, yo iré." Después de impartir instrucciones acerca de su obra, previendo el caso de que no volviese, él partió.

En su viaje a Worms, el pueblo afluyó en masa para conocer al gran hombre que había tenido el coraje de desafiar la autoridad del Papa. En Mora predicó al aire libre, porque en las iglesias ya no cabían las enormes multitudes que querían oír sus sermones. Al avistar las torres de las iglesias de Worms, se irguió en la carroza en que viajaba y cantó su himno, el más famoso de la Reforma: "Ein' Feste Burg", esto es, "Castillo fuerte es nuestro Dios". Al entrar por fin a la ciudad, lo acompañaba el pueblo en una multitud mucho mayor que la que había ido a recibir a Carlos V. Al día siguiente lo llevaron ante el emperador, a cuyo lado se encontraban el delegado del Papa, seis electores del imperio, veinticinco duques, ocho margraves, treinta cardenales y obispos, siete embajadores, los diputados de diez ciudades y un gran número de príncipes, condes y barones.

Es fácil imaginar que el reformador fuese un hombre de mucho coraje y de físico vigoroso como para enfrentar tantas fieras que ansiaban despedazarle el cuerpo. Pero la verdad es que él había pasado una gran parte de su vida alejado de los hombres y, sobre todo, se encontraba muy débil por el viaje, durante el cual

había tenido necesidad de que lo atendiese un médico. Sin embargo, no perdió su entereza y se mostró valeroso, no en su propia fuerza, sino en el poder de Dios.

Sabiendo que tenía que comparecer ante una de las más imponentes asambleas de autoridades religiosas y civiles de todos los tiempos, Lutero pasó la noche anterior en vigilia. Postrado con el rostro en tierra, luchó con Dios llorando y suplicando. Uno de sus amigos lo oyó orar así: "¡Oh Dios todopoderoso! ¡la carne es débil, el diablo es fuerte! ¡Ah, Dios, Dios mío! Te pido que estés junto a mí contra la razón y la sabiduría del mundo. Hazlo, pues solamente tú lo puedes hacer. No es mi causa sino la tuya. ¿Qué tengo yo con los grandes de la tierra? Es tu causa, Señor, tu justa y eterna causa. ¡Sálvame, oh Dios fiel!

¡Solamente en ti confío, oh Dios! Dios mío... ven, estoy dispuesto a dar, como un cordero, mi propia vida. El mundo no conseguirá atar mi conciencia, aun cuando esté lleno de demonios; y si mi cuerpo tiene que ser destruido, mi alma te pertenece, y estará contigo eternamente..."

Se cuenta que, al día siguiente, cuando Lutero atravesó el umbral del recinto donde comparecería ante la Dieta, el veterano general Freudsburg puso la mano en el hombro del Reformador y le dijo: "Pequeño monje, vas a enfrentarte a una batalla diferente, que ni yo ni ningún otro capitán jamás hemos experimentado, ni siquiera en nuestras más sangrientas conquistas. Sin embargo, si la causa es justa, y estás convencido de que lo es, avanza en nombre de Dios, y no temas nada, que Dios no te abandonará." El gran general no sabía que Martín Lutero había vencido la batalla en oración y que entraba solamente para declarar que la había ganado a peores enemigos.

Cuando el nuncio del Papa exigió a Lutero que se retractase ante la augusta asamblea, él respondió: "Si no me refutareis por el testimonio de las Escrituras o por argumentos — puesto que no creo ni en los papas ni en los concilios, siendo evidente que muchas veces ya se engañaron y se contradijeron entre sí— mi conciencia tiene que acatar la Palabra de Dios. No puedo retractarme, ni me retractaré de nada, puesto que no es justo, ni seguro actuar contra la conciencia. Dios me ayude, Amén."

Al volver a su aposento, Lutero levantó las manos al cielo y exclamó con el rostro todo iluminado: "¡Consumado está!" "¡Consumado está!" ¡Si yo tuviese mil cabezas, soportaría que todas ellas fuesen cortadas antes que retractarme!"

La ciudad de Worms, al recibir la noticia de la osada respuesta dada por Lutero al nuncio del Papa, se alborozó. Las palabras del Reformador se publicaron y difundieron entre el pueblo, que luego concurrió para rendirle el debido homenaje.

A pesar de que los papistas no consiguieron con su influencia que el emperador violase el salvoconducto y quemase en una hoguera al llamado hereje, Lutero, sin embargo, tuvo que enfrentar otro grave problema. El edicto de excomuni3n entr3 inmediatamente en vigor; Lutero, seg3n la excomuni3n, era considerado un criminal y, al terminar el plazo de su salvoconducto, tendr3a que ser entregado al emperador; todos sus libros deb3an ser incautados y quemados; el hecho de ayudarlo de cualquier manera que fuese, ser3a considerado un crimen capital.

Pero a Dios le es f3cil cuidar de sus hijos. Estando Lutero de regreso a Wittenberg, fue repentinamente rodeado en un bosque por un bando de caballeros enmascarados que, despu3s de despedir a las personas que lo acompa3aban, lo condujeron a altas horas de la noche, al castillo de Wartburgo, cerca de Eisenach. Esta fue una estratagema del Pr3ncipe de Sajonia para salvar a Lutero de sus enemigos que planeaban asesinarlo antes de que llegase a casa.

En el castillo, Lutero pas3 muchos meses disfrazado; tom3 el nombre de Caballero Jorge, y el mundo lo daba por muerto. Fieles siervos de Dios oraban d3a y noche. Las palabras del pintor Alberto Durero expresan los sentimientos del pueblo: "¡Oh Dios! si Lutero fuese muerto ¿qu3n nos expondr3a entonces el evangelio?"

Sin embargo, en su retiro, libre de sus enemigos, tuvo libertad de escribir; y el mundo comprendi3 luego, por la gran cantidad de literatura, que esa obra sal3a de la pluma de Lutero, y que, de hecho, 3l estaba vivo. El Reformador conoc3a bien el hebreo y el griego, y en tres meses tradujo todo el Nuevo Testamento al idioma alem3n. En unos meses m3s, la obra, ya impresa, se encontraba en las manos del pueblo. De esa edici3n se vendieron cien mil ejemplares en cuarenta a3os, adem3s de las cincuenta y dos ediciones que se imprimieron en otras ciudades. Para aquel tiempo 3sa era una circulaci3n inmensa, pero Lutero no acept3 un solo centavo por concepto de derechos de autor.

La mayor obra de toda su vida fue, sin duda, la de dar al pueblo alem3n la Biblia en su propia lengua, despu3s de volver a Wittenberg. Entonces ya hab3a otras traducciones, pero escritas en un alem3n latinizado que el pueblo no comprend3a. La lengua alemana de aquel tiempo era un conjunto de dialectos, pero al traducir la Biblia, Lutero emple3 un lenguaje que fuese comprendido por todos, el mismo que m3s tarde sirvi3 a hombres como Goethe y Schiller para que escribiesen sus obras. Su 3xito al traducir las Sagradas Escrituras para el uso de los m3s humildes, est3 confirmado por el hecho de que, a3n despu3s de cuatro siglos, se considera su traducci3n como la principal.

Otro factor importante que contribuy3 al 3xito de esa traducci3n, fue que Lutero era un erudito en hebreo y griego, por lo que tradujo directamente de las lenguas originales. No obstante, el valor de su obra no se basa 3nicamente en sus indiscutibles dotes literarias. Lo que le dio valor fue que Lutero conoc3a la Biblia como nadie pod3a conocerla, puesto que 3l hab3a sentido la angustia eterna y hab3a encontrado en las Escrituras el verdadero y 3nico consuelo. Lutero conoc3a 3ntimamente y amaba sinceramente al Autor del Libro. Como resultado, su coraz3n se inflam3 con el fuego y el poder del Esp3ritu Santo. Ah3 resid3a el secreto de haber podido traducir todo al idioma alem3n en tan poco tiempo.

Como es bien sabido, la fortaleza de Lutero y de la Reforma fue la Biblia. Desde Wartburgo 3l escribi3 para su pueblo de Wittenberg: "Jam3s en ninguna parte del mundo se escribi3 un libro m3s f3cil de comprender que la Biblia. Comparado con otros libros, es como el sol en contraste con todas las dem3s luces. No os dej3is inducir por ellos a abandonarla bajo ning3n pretexto. Si os alej3is de ella por un momento, todo estar3 perdido; podr3n llevaros a dondequiera que se les antoje. Si permanec3is fieles a las Escrituras, ser3is victoriosos."

Despu3s de colgar el h3bito de monje, Lutero resolvi3 dejar por completo la vida mon3stica, cas3ndose con Catalina de Bora, una monja que tambi3n hab3a salido del claustro porque hab3a comprendido que semejante vida era contra la voluntad de Dios. La figura de Lutero sentado a la lumbre de su hogar con su esposa y sus seis hijos a quienes amaba tiernamente, inspira a los hombres m3s que el gran h3roe al, presentarse ante el legado papal en Augsburg.

En los cultos domésticos la familia rodeaba un armonio, con el cual alababan a Dios juntos. El Reformador leía el Libro que había traducido para el pueblo, y después alababan a Dios y oraban hasta sentir la presencia divina entre ellos.

Lutero y su esposa se amaban profundamente. Son de él estas palabras: "Soy rico, Dios me ha dado mi monja y tres hijos, las deudas no me atemorizan: Catalina paga todo." Catalina von Bora era apreciada por todos. Algunos, de hecho, llegaban a censurarla porque era demasiado económica; pero, ¿qué habría sido de Martín Lutero y de toda su familia, si ella hubiese actuado como él? Se decía que él, aprovechando que su esposa estaba enferma, cedió su propio plato de comida a cierto estudiante que estaba hambriento. No aceptaba ni un centavo de sus alumnos y se negaba a vender sus escritos, dejándoles todo el lucro a los tipógrafos.

Durante sus meditaciones sobre las Escrituras, muchas veces se olvidaba de comer. Al escribir su comentario sobre el Salmo 23, pasó tres días encerrado en su cuarto comiendo solamente pan y sal. Cuando su esposa hizo abrir la puerta de la habitación con un cerrajero, lo encontraron escribiendo, sumergido en sus pensamientos y completamente ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor.

Es difícil tener una idea exacta de lo mucho que debemos actualmente a Martín Lutero. El gran paso que él dio para que el pueblo quedase libre para servir a Dios conforme a sus leyes, es algo que escapa a nuestra comprensión. Era un gran músico y escribió algunos de los himnos más espirituales que se cantan actualmente. Preparó el primer himnario recopilando diversos himnos, y estableció la costumbre de que todos los asistentes a los cultos cantasen juntos. Insistió en que no solamente los varones, sino también las hembras fuesen instruidas, convirtiéndose así en el padre de las escuelas públicas. Antes de Lutero, el sermón en los cultos tenía muy poca importancia; pero él hizo del sermón la parte principal del culto. El mismo dio el ejemplo para acentuar esa costumbre: era un predicador de gran elocuencia. El mismo se tenía en poco, pero sus mensajes le brotaban de lo más íntimo de su corazón, a tal punto que el pueblo llegaba a sentir la presencia de Dios cuando él predicaba. En Zwickau predicó a un auditorio de 25 mil personas en la plaza pública. Se calcula que escribió 180 volúmenes en su lengua materna y casi un número igual en latín. A pesar de sufrir de varias enfermedades, siempre se esforzaba, diciendo: "Si yo muriese en la cama, sería una vergüenza para el Papa."

Generalmente se atribuye el gran éxito de Lutero a su extraordinaria inteligencia y a sus destacados dones. El hecho es que él tenía la costumbre de orar durante horas enteras. Decía que si no pasaba dos horas orando por la mañana, se exponía a que Satanás ganase la victoria sobre él durante ese día. Cierta biografía escribió: "El tiempo que él pasa orando produce el tiempo para todo lo que hace. El tiempo que pasa escudriñando la Palabra vivificante le llena el corazón, que luego se desborda en sus sermones, en su correspondencia y en sus enseñanzas."

Su esposa dijo que las oraciones de Lutero "eran a veces como los pedidos insistentes de su hijito Hanschen, que confiaba en la bondad de su padre; otras veces, era como la lucha de un gigante en la angustia del combate."

Encontramos lo siguiente en la Historia de la Iglesia Cristiana, de Souer, Vol. 3, Pág. 406: "Martín Lutero profetizaba, evangelizaba, hablaba lenguas e interpretaba, revestido de todos los dones del Espíritu."

A los sesenta y dos años predicó su último sermón, sobre el texto: "Escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños." Ese mismo día escribió a su querida esposa, Catalina: "Echa tu carga sobre el Señor, y él te sustentará. Amén." Esta fue una frase de su última carta. Vivió esperando siempre que el Papa lograra cumplir la repetida amenaza de quemarlo vivo. Sin embargo, no fue esa la voluntad de Dios. Cristo lo llamó mientras sufría de un ataque al corazón, en Eisleben, su ciudad natal. Las últimas palabras de Lutero fueron: "Voy a entregar mi espíritu." Luego alabó a Dios en voz alta: "¡Oh, mi Padre Celestial! Dios mío, Padre de nuestro Señor Jesucristo, en quien creo, a quien prediqué y a quien confesé, amé y alabé.-. Oh, mi querido Señor Jesucristo, a ti encomiendo mi pobre alma. [Oh, mi Padre Celestial! En breve tiempo tengo que abandonar este cuerpo, pero sé que permaneceré eternamente contigo y ¡que nadie podrá arrebatarme de tus manos!" Luego, después de recitar a Jua_3:16 tres veces, repitió las palabras: "Padre, en tus manos entrego mi espíritu, pues tú me rescataste, Dios fiel"; acabando de decir esto, cerró los ojos y durmió.

Un inmenso cortejo de creyentes que lo amaban sinceramente, precedido de cincuenta jinetes, salió de Eisleben con destino a Wittenberg, pasó por la puerta de la ciudad donde el Reformador había quemado

años antes la bula de excomunión, y entró por las puertas de la misma iglesia donde, hacía veintinueve años Lutero había fijado las 95 tesis. Durante la ceremonia fúnebre, el pastor Bugenhagen y Melancton, inseparable compañero de Lutero, pronunciaron sendos discursos. Después abrieron la sepultura, previamente preparada al lado del pulpito, y allí depositaron el cuerpo de Lutero.

Catorce años más tarde, el cuerpo de Melancton encontró descanso al otro lado del pulpito de la misma iglesia. Alrededor de esas dos sepulturas yacen los restos mortales de más de noventa maestros de la Universidad.

Las puertas de la iglesia del castillo fueron destruidas por el fuego durante el bombardeo de Wittenberg en 1760, pero fueron substituidas por puertas de bronce en 1812, sobre las cuales se encuentran grabadas las 95 tesis. Pero este gran hombre, que perseveró en la oración, dejó grabadas, no en el metal que al fin se corroe, sino en centenares de millones de almas inmortales, la Palabra de Dios que estará dando fruto para toda la eternidad.

MAYOR AMOR

Pedro había sido enemigo de Natalio durante años, desde que éste lo había castigado por haber torturado a un gato. Pero había jurado vengarse, y mientras crecían juntos, había procurado de muchas maneras quedar a mano con Natalio. Ambos muchachos vivían en una aldea de pescadores, en la costa de Terranova, batida por las olas. Al llegar a la juventud, los dos escogieron la pesca como ocupación.

Entonces, cierto día, una bonita y graciosa joven llamada Ana, fue a vivir con sus padres a esa aldea. Su padre también era pescador. Natalio y Pedro llegaron a ser amigos de ella y se estableció una competencia entre ambos, esta vez por el afecto de la joven. A Ana le agradaban ambos; y por un tiempo no sabía a cuál elegir. Natalio y Pedro pasaron horas de ansiedad hasta que finalmente Ana hizo su elección. Natalio fue el favorecido. Pedro se airó nuevamente contra Natalio y renovó su juramento de venganza. Pero la feliz pareja no sabía nada del odio que ardía en el pecho de Pedro.

La noche de la boda, una enorme luna llena derramaba su radiante luz sobre la aldehuela de pescadores y el gran océano que bañaba sus orillas. La iglesita de la colina estaba atestada de gente ansiosa de ver a la feliz pareja que se unía en matrimonio. Pero Pedro no estaba allí. En un rocoso promontorio que dominaba el apacible mar bañado por la luna juró que se vengaría de Natalio.

Después de algunos días de luna de miel, los recién casados se instalaron en una linda casita cercana a la playa. Pedro se fue al mar.

Transcurrieron varios años, y un niño de cabellos rizados vino a alegrar el corazón de sus padres. Natalio pasaba todos sus momentos libres con Natalito, como lo llamaban. A veces le contaba historias del mar, pero esto no le agradaba a Ana, quien con frecuencia sacudía la cabeza en señal de desaprobación; pero Natalito siempre pedía más. A medida que crecía, se fue posesionando de él un profundo anhelo de cruzar el océano y ver algo del mundo. A menudo, cuando el tiempo no era tormentoso, acompañaba a su padre a los lugares de pesca. En esas ocasiones se quedaba sentado soñando en la proa del bote, deseando con todo el fervor de su alma apasionada poder viajar lejos.

Mientras Ana estaba de pie a la puerta de la casita, diciendo adiós a sus "dos hombres", se preguntaba cómo podría apartar de la rizada cabeza del niño el interés en las tierras lejanas. Pero cada vez; a su regreso, Natalio tenía más entusiasmo que nunca por surcar el ancho mar. Por la noche, mientras yacía en la cama, escuchaba las olas que azotaban las piedras y lo arrullaban dulcemente. En otras oportunidades, oía la fuerte marejada romperse contra las rocas. El mar lo atraía siempre. Terminó sus estudios en la escuela de la aldea y se dedicó a ayudar a sus padres en la pesca. Sin embargo, sus padres sabían que su corazón estaba en el anchuroso mar. Un día se acercó a su madre y le dijo: "Mamá, debo irme. Te ruego que me des permiso" Ella, mirándolo a los ojos, vio escritos en ellos amor, afecto y también un ardiente anhelo.

-Sí, Natalio, puedes ir -contestó ella, procurando hablar serenamente.

-Gracias, mamá -dijo, y la rodeó con sus brazos jóvenes y fuertes. Fue un día triste el de su partida. Hasta el viento, gimiendo entre las hojas, parecía lamentarlo. Pero con sonrisas valientes y ojos llenos de lágrimas, Ana y Natalio dijeron adiós a su "hijito". El joven Natalio, al llegar al gran puerto de mar a 300 Kilómetros de su casa, se empleó en un barco destinado a Inglaterra.

Después de estar varios días en alta mar, comenzó a preguntarse por qué le tocaban a él todas las tareas duras y desagradables; porque estaba seguro de no ser el único grumete a bordo. Entonces descubrió que el capitán no era sino Pedro, el antiguo enemigo y rival de su padre. ¡Y Pedro ejecutaba su venganza! Durante el viaje pareció desahogar todo resentimiento contra el muchacho. Lo hacía trabajar tan duramente, le hablaba con tanta crudeza, y le hacía la vida tan miserable, que el joven Natalio resolvió librarse de su compromiso cuando regresase al puerto.

En el viaje de regreso, el barco soportó una fiera tormenta, como tan sólo se conocen en el Atlántico. Rugían los truenos, caía la lluvia en raudales constantes, los rodeaba la neblina, y enormes olas coronadas de espuma golpeaban los lados del barco. Natalio, que estaba trabajando sobre cubierta, fue arrastrado al agua por una ola. La fiereza del mar no permitió que se lo rescatase; así que el barco siguió adelante sin él. Cuando el barco llegó al puerto, uno de los tripulantes fue a Natalio y Ana para darles la triste noticia, y añadió: "No necesitaba estar sobre cubierta, pero el capitán, que por alguna razón no lo quería, dijo que debía quedar allí y ayudar".

Ana, abrumada por el golpe, cayó enferma. Natalio sintió que en su corazón renacía el odio contra Pedro; pero procuró ocultárselo a Ana. Dos días y dos noches estuvo al lado de ella mientras bajaba al valle de la muerte. Esos días fueron de los más penosos para él, mientras veía partir a su amada. Su odio hacia Pedro aumentó. Después de sufrir algunos días, Ana murmuró un adiós y murió.

Natalio quedó solo para recordar los días cuando él, Ana y su "hijito" estaban juntos en la casita. Parecía que el odio no podía permanecer juntamente con el recuerdo de aquellos días felices; y sin embargo, ese hogar feliz había sido quebrantado por causa de un hombre. Muchos y diversos eran sus sentimientos. A veces podía perdonar y olvidar a Pedro, y de repente lo abrumaba la sensación de su pérdida, y volvía a sentir el antiguo odio. "No es justo que yo lo odie así, pensaba. Oraba fervientemente pidiendo a Dios que lo ayudara a vencer la amargura de su corazón; pero ésta volvía siempre y se sentía incapaz de desarraigarla.

¡Entonces se produjo la tormenta! El furioso viento alzaba las olas como montañas y las arrojaba a la costa con ruido ensordecedor. La lluvia transformada en hielo y nieve llenaba la atmósfera, velando con la furia de los elementos la cara del sol. Y la tormenta siguió durante toda la noche. De muchos corazones subieron oraciones fervientes por los que estaban en peligro en el mar durante las largas horas de oscuridad.

Al amanecer, los ansiosos pescadores miraban por las ventanas hacia el salvaje y agitado océano. De cada casa subió el clamor: "¡Un barco naufraga!" Los hombres salieron con sus impermeables puestos. Pronto un grupo de valientes marineros procuraban lanzar un bote, pero el viento, silbando con escarnio, se lo arrebató, y las enormes olas lo destrozaron prestamente. Con pesar volvieron a sus casas a orar para que amainase la tempestad.

Transcurrieron dos horas, y por fin se lanzaron dos botes. Natalio saltó a uno de ellos. Remando con vigor contra las furiosas olas, los hombres llegaron al barco condenado. Entonces empezó la peligrosa y ardua tarea de hacer pasar los tripulantes a los botes antes que el barco se hundiese para siempre en las rugientes aguas. Un bote se llenó y se encaminó hacia la costa. Quedaba el bote de Natalio para recoger al resto de la tripulación.

Continuó la lucha contra el mar enfurecido. Finalmente el puente quedó desierto y ya no había nadie más en el bote salvavidas.

-¡Alejémonos! -gritó Natalio. -Aguarde un momento, el capitán está enfermo en, su camarote -gritó un fogonero.

-Entonces atraquemos -gritó Natalio, mientras se preparaba para saltar del bote al vapor. El esquife se arrimó y él saltó a bordo y se dirigió hacia el camarote del capitán.

-¡Hola! -gritó.

-Aquí estoy, acostado -fue la débil respuesta.

Con ternura alzó Natalio al enfermo en sus brazos y salió apresuradamente. Una vez afuera del camarote se detuvo, porque a la luz grisácea había reconocido la cara de Pedro. Encontrados sentimientos lo embargaron. Volvió a ver a su esposa sufrir y morir por causa de la crueldad de Pedro hacia su hijito. En sus ojos había odio, un odio sombrío. Ahora podría vengarse. Pero en seguida sus ojos se suavizaron, y se apresuró a ir hacia el bote, llevando el pesado cuerpo del capitán.

-Ahora con cuidado, hombres -ordenó mientras los marineros recibían al enfermo.

-¡Ya está! ¡Zarpen!

-¡Oh, no, Natalio, hay lugar para ti aquí -lo instaron.

-No -contestó Natalio-, el bote se hundirá si se le pone un kilo más. Partan.

Era inútil discutir, y cualquier demora podía ser desastrosa, porque el barco se inclinaba rápidamente a estribor. Con corazones apesadumbrados y manos vacilantes los marineros tomaron los remos y se alejaron. Apenas habían recorrido cien metros cuando el barco se hundió en las heladas profundidades llevando a Natalio consigo.

Varios días más tarde, el capitán, repuesto de su enfermedad y de la exposición a la intemperie, descubrió que había sido Natalio quien dio su vida para salvarlo. Las lágrimas rodaron por sus toscas mejillas, e inclinando avergonzado la cabeza, oró así: "Perdóname, oh Señor, como él me perdonó".

En el cementerio de la aldea, al lado de la tumba de Ana, Pedro puso una lápida que lleva esta inscripción: NATALIO MERCER

"Nadie tiene mayor amor que éste" El dio su vida por un enemigo.

MEDIO LITRO DE SANGRE

El Señor Morales miró por el espejo retrovisor, y vio luces azules que brillaban detrás de él. Con un gemido, salió del camino y se detuvo. Miro como el policía estacionaba detrás de él, salía de su auto y se acercaba a la ventana de su lado.

-Licencia de conducir y registro del auto, por favor -ordeno el policía-,

Usted no se detuvo en la señal de Pare, unos ochocientos metros más atrás. El señor Morales no tenía nada que decir en defensa propia; sabía que había pasado por alto la señal. Sin decir una palabra, le entrego los documentos al policía y espero, mientras el oficial fue hasta su auto y completo el formulario de la multa. Un par de minutos más tarde, el policía estaba de vuelta.

-Esto le costara 25 pesos o medio litro de sangre. ¿Qué prefiere?

Un poco sorprendido, el señor Morales pregunto:

-¿Medio litro de sangre? ¿Usted quiere sangre, por haberme pasado una señal de pare?

Si, era una opción poco común. Pero, eso fue lo que el juez de la corte municipal decidió hacer en el año 1974, para atender la falta de sangre en ese pueblo. Los que eran culpables de violaciones de transito menores podían optar por dar sangre al banco local de sangre.

Dar sangre para pagar por un error no era un concepto nuevo ni siquiera en ese entonces; de hecho, ha existido durante miles de años.

En el Antiguo Testamento, cuando el pueblo de Dios pecaba debía sacrificar animales, como una ofrenda por el pecado. La sangre de los animales representaba la sangre que Jesús derramaría sobre la cruz muchos años más tarde.

El pagó la condena por nuestra maldad. En lugar de nuestra sangre, fue su sangre. El libro de Apocalipsis dice que demos toda la alabanza "al que nos ama [Jesucristo] y que por su sangre nos ha librado de nuestros pecados."

Narrado por: Keii Johnson

¡MEM SAHIB!

Marana era una niña hindú que vivía en la India. Como es costumbre en su país, Marana se casó cuando era niña aún, y fue a vivir en el hogar de su suegra.

Un día, mientras Marana y su suegra estaban sentadas en el porche, vieron a una señora blanca que se acercaba. Era la primera vez que Marana veía una mujer blanca, así que dijo: “¡Mire, una Mem Sahib!” (lo cual quiere decir, “mujer blanca”).

La misionera se detuvo a la puerta y preguntó: “¿No quisieran estudiar la Biblia conmigo?”

“No”, contestó la mujer hindú.

La señora se dio vuelta para retirarse. No había andado muchos pasos, cuando una voz la llamó: “¿Podría Ud. enseñar a Marana a coser?”

La señora contestó: “Enseñaré a la niña a coser si le permite que estudie la Biblia conmigo”.

“Esta niña no estudiará su Biblia —dijo la suegra—. Tenemos la nuestra. ¿Por qué habría de enseñarnos su Biblia?”

La misionera contestó: “Hay muchos libros que se llaman sagrados. Pero hay solamente un Dios y su Palabra es la única verdadera Biblia”.

¡Pero, cuánto deseaba Marana aprender a coser! Ella rogó: “Si me va a enseñar a coser, déjela venir.

Aprenderé a hacer mis propios vestidos. ¿Por qué habría de tener miedo yo de su Biblia?”

La suegra pensó un momento. Entonces dijo: “Yo también quiero que aprendas a coser. Pero a los hombres no les va a gustar esto. Ellos me han dicho que no abra la puerta a ningún cristiano”.

“Pero ¿qué mal hay en dejar venir a una Mem Sahib? —Preguntó Marana—. ¡Piense que me enseñará a coser gratis!”

La suegra vio cuán chasqueada se sentía Marana. Así que dijo a la mujer blanca: “Bien, puede venir, pero solamente cuando los niños estén en la escuela y los hombres en la oficina. Y no se quede hasta después de las dos. Si los hombres la encuentran aquí, quién sabe lo que le harán”.

Las lecciones de costura empezaron. Pero un día, Marana y la misionera se olvidaron de mirar el reloj. Estaban tan ocupadas cosiendo y hablando de la Biblia, que la maestra se quedó hasta después de las dos. De repente les cayó un ladrillazo. El ladrillo cayó sobre el pie de la Mem Sahib y le hizo una gran herida. Marana empezó a llorar porque no podía detener la sangre.

“No llores —dijo la misionera—. Estoy contenta de sufrir por Cristo. Tu esposo arrojó el ladrillo porque él no comprende”.

Cuando la misionera se fue, la niña no sabía que pasaría mucho tiempo antes de ver de nuevo a su maestra.

Poco después de esto, la joven fue con su esposo y su familia a vivir en otra aldea.

Un día, una mujer llamó a su puerta. Cuando Marana la vio, conoció a su amiga, la Mem Sahib. ¡Qué contenta estaba! Marana preguntó: “¿Dónde vive?”

“No lejos de aquí —contestó la señora blanca—. En la propiedad del misionero. Nos mudamos a esta aldea hace un año. ¿Por qué me lo preguntas?”

La niña hindú no contestó. Ella estaba pensando, pensando cuánto le gustaría vivir con la misionera y aprender más de Jesús.

Algunos días después, mientras la familia dormía la siesta, la niña hindú abrió la puerta y salió. Mientras caminaba, oraba: “Señor, muéstrame el camino hacia la casa del misionero”.

Marana estaba asustada. Nunca había estado sola en la calle, y no sabía adónde ir. En ese momento pasó un carro. Llamó al que lo conducía para que se detuviera. Saltó dentro del carro y dijo: “Por favor, lléveme rápidamente a la misión de los blancos”.

No había viajado mucho, cuando una señora le arrojó un papel. “Pare el carro —dijo la niña al conductor—. ¡Mem Sahib, Mem Sahib! Dios ha contestado mi oración. Él la ha enviado a Ud”.

“¿Cómo has llegado aquí? —Preguntó la misionera—. ¿Te has escapado?”

“Sí —contestó Marana—. Lléveme a alguna parte antes de que se den cuenta de que me he escapado”.

La maestra subió al carro con la niña y la llevó a la misión.

La familia de Marana pronto se dio cuenta de que ella había huido. Llamaron a la policía, la cual buscó y buscó hasta que la encontró. La llevaron ante los tribunales, y le preguntaron: “¿Te robó la misionera?”

“No, yo sola me escapé de casa porque quiero vivir con la misionera”, dijo la niña.

Marana fue puesta en libertad. Ahora podría vivir con la misionera y servir a Dios con todo su corazón.
¡Qué feliz se sentía!

MENSAJE INDESEADO

Un sábado de tarde, el joven Timeteo se detuvo en la casa de Omwami Mukasa, un hombre adinerado de la aldea que se oponía al cristianismo. Cuando un chico atendió a la puerta, Timeteo le entregó un pequeño folleto acerca del sábado, y le pidió que se lo entregara a su padre.

Esa noche, cuando el señor Mukasa volvió a su hogar, su hijo le dio el folleto.

-Uno de los muchachos de la escuela de la misión del sábado trajo esto -le dijo a su padre.

Inmediatamente, Mukasa le arrebató el folleto y lo arrojó al fuego, que estaba encendido en el patio. Pero, no se dio cuenta de que el viento había alejado el papel de las llamas.

A la mañana siguiente, la señora Mukasa comenzó a barrer el patio.

Al encontrar las hojas arrugadas, decidió guardarlas; podría usar el papel para envolver los huevos que llevaba al mercado. La siguiente vez que tuvo huevos para vender, la señora arrancó una página tras otra del folleto, y envolvió con cuidado cada huevo.

Un hombre llamado Mwanje le compró una docena de huevos.

Cuando desenvolvió los huevos en su casa, una frase del papel le llamó la atención, luego otra, y otra.

Rápidamente desenvolvió todos los huevos, estiró las hojas y las puso en orden.

Lo que leyó lo fascinó. Sacó su vieja Biblia y buscó los textos. Y, por cierto, jeso era lo que decía la Biblia!

Impresionado, llenó una encuesta de interés y la envió. Pronto, Mwanje recibió más información, y lo visitó alguien de la escuela de la misión, para estudiar con él. Al final, Mwanje decidió bautizarse, y todo porque Timeteo había hecho su parte.

Tú y yo también podemos tomar parte en compartir las buenas noticias. Quizá nunca sepamos cómo Dios nos utilizará, pero, al igual que el profeta Isaías, podemos decir: "Aquí estoy. ¡Envíame a mí!"

Por Helen Lee Robinson

MILAGRO EN LA VIEJA CASA DE BARTLETT

Por *Josefina Cunningham Edwards*

LAURA y María Nell vivían en un hogar muy bueno. Su madre era hermosa, muy afable y bondadosa y siempre disponía de tiempo para sus hijos, y además era muy religiosa. Le gustaba la iglesia, la reunión de oración y la escuela dominical.

Junto a la cocina había un cuarto llamado el cuarto de trabajo, y la cocina parecía más bien un comedor. El linóleo de flores de colores vivos alegraba la habitación, y en verano, la mesa larga estaba siempre cubierta con un mantel blanco, y lucía un ramo de flores. En invierno, tenía un mantel floreado, y en el centro una frutera con frutas. Cerca de la mesa había un aparador adornado con algunos de los platos de la loza fina de la mamá; y a uno de los lados, la estufa bien pulida, parecía más bien un mueble lustrado que una estufa.

El cuarto de trabajo tenía mesones todo alrededor, una piletta y muchos armarios contruidos en las paredes. En esos armarios la mamá guardaba la loza, las ollas y las provisiones de despensa. Allí estaba también la nevera.

Los sábados la mamá llenaba el mesón que estaba junto a la ventana con platos deliciosos para el domingo. "La gente es descuidada en la forma en que guarda el domingo", a menudo le decía al papá mientras barría, fregaba, mezclaba ingredientes para una comida, o aliñaba las fuentes de frijoles al horno, con tocino y cebolla.

El papá no era tan cuidadoso acerca de la observancia del domingo como lo era la mamá. No le importaba limpiar el establo o plantar repollos en domingo. Pero la mamá educaba cuidadosamente a Laura y a María, especialmente porque el papá era descuidado, lo cual la entristecía mucho.

"Debo mirar al futuro -se decía-. Cuando María y Laura sean grandes, recordarán la forma como las eduqué, y harán como yo he hecho. Estoy trabajando para el futuro. ¡Esa es mi responsabilidad!"

-¡Mamá! ¡Mamá! -exclamó Laura un día, entrando apresuradamente a la casa de regreso de la escuela. Tenía el rostro rojo de excitación-. Una gente compró la casa de los Bartlett. Es una familia, y son gente buena. Las chicas fueron hoy a la escuela, y... y...

-¡La casa de los Bartlett! -y la madre se quedó mirando a la hija-. ¿Qué gente respetable y decente viviría en un lugar como ése?

-¡Eso es lo que te estaba diciendo! -dijo Laura-. ¿Te acuerdas de esa gran cabaña que está en el bosque? Ellos...

-¿Están acampando allí? -preguntó ansiosamente la madre-. ¡Debo ir a llevarles algo! ¡Pobres! Será maravilloso tener buenos vecinos en esa casa. Esos Bartlett fueron una desgracia para todo el vecindario.

-Mamá, esas chicas, Verna y Mirna Brownwell fueron hoy a la escuela. Son de lo más buenas. Son mellizas y se visten igual. Tenían faldas azules y suéteres blancos. Y también son buenas alumnas. Las dos están en mi grado, y su papá va a transformar la cabaña en una casa grande. Están derrumbando la otra casa.

-En el recreo jugaron también conmigo -dijo tímidamente María-. Me dejaron jugar, aunque soy más



chica.

Las dos niñas limpiaron y guardaron sus cajas de la merienda como se les había enseñado, luego se lavaron las manos. La mamá ya les tenía lista una merienda.

-Papá llamaría a esto el "té de la tarde" -dijo riendo-. A él todavía le gusta la vieja costumbre de Inglaterra. El llegará de un momento a otro. Si él puede, a las cuatro aparece en la cocina. Pero yo no quiero darles de comer mucho, porque les echaría a perder la cena.

Cada una de las niñas bebió un gran vaso de leche fría y comió un plato de budín de arroz caliente con pasas, con una rebanada de pan casero. Para entonces, ya había llegado el padre, hambriento y muy conversador.

-Tenemos vecinos nuevos -anunció alegremente, lavándose las manos en la pileta-. Se mudaron esta semana.

El Sr. Martinwood era alto y fornido, de tez trigueña. Arremangándose, se echó agua en los brazos polvorientos.

-Eso es lo que me estaban diciendo las chicas -respondió alegremente la mamá, colocando sobre la mesa tazas y platillos con flores vivas-. ¿Quieres café o té?

-Té -respondió él tomando una silla y sentándose a la mesa-. Se ve gente limpia y respetable. Aquello parece una colmena. Están hm-

piando todo, rastrillando y sacando la basura. No sé cómo tienen ánimo de acometer ese trabajo.

-Los invitaré a la iglesia -dijo la Sra. Martinwood alegremente, sirviendo té a su esposo y un plato de budín de arroz. Le acercó también un plato con tajadas de carne cocida, fría.

-Será maravilloso tener cerca vecinos que son decentes y respetables. Podemos ir juntos a las reuniones de la iglesia y del club -añadió ella.

-Yo no sé en cuanto a eso -respondió lentamente su esposo, sonriendo un poco-. Creo que no soy el único que no es tan escrupuloso en la observancia del domingo como tú, mamá. Me dijo Jaime Hall que los Brownwell se mudaron el último domingo de tarde. Supongo que Brownwell trabaja en el pueblo los días de semana y no le queda mucho tiempo libre. Pero a mí me parece que a veces es justificado trabajar el domingo.

El rostro de la honesta María Martinwood mostró una gran preocupación, porque ella estaba convencida de que no debía permitirse que nada profanara la santidad del "día de reposo", como a ella le gustaba llamar al domingo. "Si uno abre la puerta una vez, es más fácil hacerlo otra vez", solía decir.

Pero su esposo salió silbando, sin preocuparse mayormente porque su vecino remodelara una cabaña hecha de troncos, transformándola en una casa, y lo hiciera en cualquier día de la semana que le gustara, incluso los domingos. Los carpinteros estaban allí, y los camiones que llevaban madera iban y venían diariamente.

El próximo sábado, de mañana temprano, Laura y María, fueron a la casa de sus vecinos, llevando una gran hogaza de pan fresco y una bola de mantequilla casera, curiosas por ver la casa y ansiosas de pasar un rato con sus nuevas amigas.

-Si la Sra. Brownwell las invita a quedar, pueden hacerlo una hora. Pero si está ocupada y no las invita, vuelvan inmediatamente a casa. Puede ser que ella necesite que las chicas le ayuden. Una mudanza cuesta mucho, y volver a ordenar una casa, lleva mucho tiempo.

A los pocos instantes las niñas regresaron, intrigadas. Corrieron a la pieza de trabajo, donde la madre estaba haciendo pasteles.

-¡Mamá! -exclamó María-. Los Brownwell hoy no trabajaban. Estaban vestidos, listos para ir a la iglesia que está en Silverdale.

-¡Iglesia! -repitió como un eco la madre, deteniendo por un momento toda actividad-. ¡Iglesia! Pero... pero... ¡si es sábado!

-¡Oh, sí! -añadió Laura-; la Sra. Brownwell nos agradeció por el pan y la mantequilla. Dijo que parecían muy sabrosos. ¿Y sabes, mamá? Verna y Mirna se veían tan lindas. Tenían vestidos y medias rosadas, y zapatos negros de charol.

-Y nos pidieron que las acompañáramos a la iglesia. ¿Podemos ir la semana que viene, mamá?

¿Podemos? -suplicó María.

La Sra. Martinwood arrugó los labios y se dio vuelta.

-Yo no creo. Eso me suena muy raro. Díganles que nosotros vamos a la iglesia en el día del Señor.

-Yo les dije. Estaba tan sorprendida que se me escapó de la boca -confesó Laura-. ¿Y qué crees que dijo Mirna? "Nosotros también. Papá nos lo leyó en la Biblia que el sábado es el día del Señor".

-¡Pero chicas! -y la mamá parecía estar un poco enojada. Estaba dispuesta a pelear como un tigre para que sus hijas aprendieran lo que debían aprender-. ¡Chicas, esa gente es peligrosa! ¡Debe ser gente mala! ¡Paganos! -y la Sra. Martinwood interrumpió su tarea de rizar el borde del pastel, porque estaba horrorizada.

-Pero mamá -protestó Laura-, el Sr. Brownwell es un médico. El tiene su consultorio en Silverdale. Beatriz Casey me contó que es gente muy buena. Y tú debieras ver...

Pero la Sra. Martinwood arrugó de nuevo los labios, y las chicas sabían que eso significaba que la mamá estaba enojada y preocupada.

-Uds. chicas no vuelvan a acercarse a ellos hasta que yo los vea. Entonces podré decidir si son amistades que les convienen. ¡Qué cosa! -exclamó muy perturbada.

-Preferiría tener a los Bartlett, sucios como eran, que a esa gente terrible. ¡Le preguntaré al pastor qué debemos hacer! -agregó.

Las niñas permanecieron allí mirándola por un momento, preguntándose por qué tendría ella que preocuparse por algo que a ellas les parecía un asunto que no tenía importancia. Recordaban que ella se había excitado en la misma forma cuando le contaron que María Casey había dicho que la Iglesia Católica era la única iglesia verdadera. Quedaron realmente asombradas al ver cómo su madre se había disgustado ese día.

-¿Qué quieres que hagamos, mamá? -preguntó Laura tímidamente. Aparentemente la Sra. Martinwood había recobrado su compostura.

-Laura, anda y barre los cuartos de arriba; y tú, María, limpia la bañera. Las niñas se quedaron todavía mirándola.

Luego Laura añadió:

-Mirna dice que ellos limpian todo el viernes. .. y también cocinan. Sobre el mesón tenían los pasteles de limón más bonitos que he visto.

-La casa se ve linda -añadió María ansiosamente-. Están haciendo cuartos de todas clases en esa gran cabaña de troncos.

La Sra. Martinwood suspiró y las niñas se apresuraron a ir a sus tareas.

Pero si la madre pensaba que estaba en dificultad, podía darse por afortunada por no conocer el futuro e ignorar cuánto cambiarían su vida esos nuevos vecinos.

Esa tarde miró orgullosa su casa. Los porches de adelante y de atrás estaban relucientes. El piso de la sala resplandecía, encerado y pulido, y la despensa era una maravilla de pulcritud. Cuando terminó la cena, se vistió.

-Chicas, iré a ver al reverendo Benton -dijo-. Sean buenas y no salgan de la casa. Lean su lección de la escuela dominical. Eso les ayudará a prepararse para la clase de mañana.

Subió luego al automóvil y se fue.

Cuando las chicas volvieron más tarde a la cocina para servirse una galletita del frasco bien surtido que había en la despensa, se encontraron allí con su padre quien se estaba riendo.

-Mamá va a recibir la sorpresa del siglo -dijo, comiendo una galleta y bebiendo leche fría-. Yo he oído hablar de esos adventistas. Ellos conocen mejor la Biblia que muchos predicadores. Ellos saben por qué guardan el sábado. Y no estoy muy seguro pero, ¡ellos tienen razón!

Laura dejó de comer su galletita. Tragó lo que tenía en la boca y miró a su padre.

-¡Papá! ¿Quieres decir que está bien ir a la iglesia en sábado? -Y pronunció la palabra sábado como si hubiera sido algo sucio que hubiera querido sacarse de la boca. En eso Laura se parecía mucho a su mamá.

El papá se rió de nuevo y le dio un tironcito del cabello.

-¿Qué es lo espantoso de eso, Laury? Jesús guardó el sábado, el séptimo día. Tu madre llama día de reposo al domingo, pero en realidad no lo es.

María se puso de parte de su padre.

-Mirna y Verna son muy buenas, papá. Yo sé que no son malas ni peligrosas, como piensa mamá. Son bonitas, agradables y buenas.

El padre asintió.

-Yo tengo referencias del papá de ellas, el Dr. Brownwell. Tenemos suerte de tenerlo en el vecindario. El

es el médico jefe del hospital de Silverdale. Mamá no debiera preocuparse tanto. No echarán a perder la comunidad Y lo que están haciendo al limpiar esa casa de Bartlett, que era como una arena en el ojo para los vecinos, nos ayudará a todos.

Cuando la Sra. Martinwood regresó, estaba más perturbada que nunca, porque no había recibido tanta ayuda del pastor como había esperado.

-¿Los Brownwell? -preguntó él cuando ella le habló de los nuevos vecinos. Son buena gente, Sra. Martinwood. El Dr. Brownwell es el médico más destacado de esta región. Y si ellos compraron la vieja casa de Bartlett, Ud. puede estar segura de que tendrá vecinos encantadores.

-¡Pero su religión! -protestó la Sra. Martinwood-. ¡Tengo miedo de dejar que mis chicas se asocien con ellos! Son raros. ¡Quién oyó jamás hablar de guardar el sábado como día de reposo!

El pastor Carlos Benton miró por un momento al escritorio, jugando con un pisapapeles. Cuando respondió, lo hizo con cautela, como si estuviera escogiendo cuidadosamente sus palabras.

-Ese es un asunto muy antiguo, Sra. Martinwood, tan antiguo como el mundo. Y Ud. puede sorprenderse, pero nosotros, los ministros observadores del domingo nos vemos en figurillas para contestar esas preguntas con la Biblia. Para serle franco, ellos tienen la prueba bíblica. ¡Nosotros no!

La Sra. Martinwood se sorprendió muchísimo.

-¿Ud. quiere decir. . . Ud. quiere decir que ellos realmente tienen razón de acuerdo con la Biblia?

-Me temo que sí, Sra. Martinwood. Y en el seminario se nos aconsejó que no discutiéramos con ellos. Ellos llevan las de ganar. La observancia del domingo es sólo una tradición, y temo que sea de origen romano. Yo no le diría una cosa por otra Sra. Martinwood.

-¡Pero, si es así!, ¿por qué no guarda Ud. el sábado? -le preguntó ella, mirándolo en los ojos. El arqueó las cejas, y jugó de nuevo con el pisapapeles.

-Si yo estuviera convencido de que Dios es realmente tan escrupuloso... pero no lo estoy. Por otra parte, está el asunto de sostener a la familia. La última razón no podría parecer muy noble, pero todos debemos preocuparnos por "los panes y los peces" -y se rió, un poco incómodo.

-Esa es la razón por la cual, hermana Martinwood, le he dicho muchas veces que no tome demasiado en serio la observancia del domingo, ni critique demasiado a su esposo -agregó.

De alguna manera ella se despidió de él, y llegó a la casa, pero sus pensamientos giraban vertiginosamente. Era como si le hubieran socavado todos los cimientos. Casi no podía pensar. De pronto se levantó con una expresión de resolución en sus ojos.

-¡Laura... María! -llamó-. Vamos a la casa de los Brownwell. Quiero conocer a mis nuevos vecinos. Tráeme el pastel de cerezas, Laura.

-¡Oh, mamá! ¿Podemos? -exclamó María-. Yo creí que tú dijiste que eran peligrosos.

La mamá sonrió.

-La gente puede equivocarse, querida.

Y no costó mucho persuadir al papá para que las acompañara.

Cuando llegaron a la casa de los Brownwell, la familia se estaba preparando para el culto de la puesta del sol. La habitación del frente no estaba terminada, pero era encantadora. Junto a un gran ventanal había un órgano eléctrico. La Sra. Brownwell dijo:

-Nosotros terminamos el sábado con un corto período de culto. Tengan la bondad de acompañarnos. El médico acercó sillas, y las niñas pasaron libros y Biblias. La Sra. Martinwood estaba alerta y vigilante. "¡Pero si parece que cada uno tiene una Biblia! ¡Como si fueran cepillos de dientes! ¡Sus propias Biblias!" -pensó.

Cantaron himnos durante unos momentos, la mayoría de los cuales no eran familiares, pero las melodías eran agradables, tal como "Santo día que el Señor en Edén santificó" y otros cantos acerca del sábado. La Sra. Martinwood observaba y escuchaba. El médico leyó un capítulo de Isaías, que habla acerca de la observancia del sábado en la tierra nueva. ¡Qué extraño!

Después del culto, la Sra. Brownwell insistió en que los Martinwood quedaran a cenar.

-¿Podemos, papá? -preguntó María.

-No veo por qué no -respondió él-. Yo he terminado mis tareas.

De modo que todos comieron sándwiches y ensalada, y bebieron una deliciosa bebida que la Sra. Brownwell llamó café cereal.

-¡Oh! ¿Uds. no beben café? -preguntó la Sra. Martinwood.

-No; no creemos que sea saludable. Además, forma hábito.

Después de la cena, las niñas salieron a jugar, y las dos madres hablaron durante un largo tiempo. Del beber café pasaron a otros temas importantes, y finalmente estaban sentadas a la mesa, cada una con una Biblia.

Finalmente entró el papá.

-Será mejor que regresemos a casa, María. Ya son las nueve pasadas.

La Sra. Martinwood levantó la vista sonriente.

-¡De veras! -se extrañó-. ¡Nunca se me hizo tan corta una velada! Gracias por los momentos que hemos pasado y por el estudio bíblico, Sra. Brownwell.

El médico se rió.

-Nosotros también lo pasamos bien, mirando el cuarto nuevo que estamos construyendo.

Laura entró corriendo.

-Mamá, ¿podemos ir a su iglesia con ellos el próximo sábado...?

-Sábado -terminó su madre-. Sí, pueden. Y creo que yo también ire.

El papá se aclaró la garganta y miró al médico.

-Me parece que yo también iré. No me gusta quedarme solo.

Realmente, lo que ocurrió en la vieja casa de los Bartlett... fue un milagro.

MIRNA LA DESCONSIDERADA

Por *Dorotea Wyatt*

MIRNA y Trína retrocedieron para contemplar de lejos la mesita de muñecas que estaba bajo el arce del patio de Mirna. Los platos decorados con pimpollos de rosa y los brillantes tenedores, cuchillos y cucharitas colocados sobre el mantel verde le daban a la mesa una verdadera apariencia de fiesta.



La mamá de Trina había ido a la ciudad, y Trína debía quedarse con Mirna. La mamá de esta última les había dicho a las niñas que ellas podían almorzar debajo del árbol de arce.

-Es divertido almorzar aquí -comentó Mirna-. Me alegro de que hoy viniste, Trina.

-Y yo también -respondió Trína sonriendo. A mí me gustan las fiestas.

Las dos niñitas corrieron a la casa para buscar comida. La mamá de Mirna había preparado un plato de sandwiches muy vistosos. Tenía también una jarra de leche con gusto a fresa. Y había colocado nueces en un plato de cristal.

Mirna tomó el plato de nueces y se dirigió a la puerta.

-¡Oh, querida! -dijo la madre después de mirar en la nevera- Yo necesito comida de bebé para Ana María. Ella no tardará en despertarse. ¿Podrían tú y Trina esperar un poquito para la fiesta? Sólo me llevará unos minutos ir al negocio. Mejor que Uds. vengan conmigo. Guardaremos los sandwiches y la leche en la refrigeradora. Juanito puede quedarse con Ana María.

La madre salió entonces a llamar a Juanito, que tenía nueve años para avisarle que ella y las niñas irían hasta el mercado.

Cuando llegaron allí, la mamá compró varios frascos de alimento para bebé y una golosina para Juanito, para Trína y para Mirna. Luego regresaron a la casa. Mirna casi no podía esperar para salir de auto y correr a la mesa que estaba debajo del arce.

Trina la siguió de cerca y se sentó en una de las sillas, pero Mirna no se sentó. Arrugando el entrecejo se inclinó para mirar el tazón que había puesto en la mesa antes de irse.

-¡Quieres decir, pillo, que te robaste todas nuestras nueces! -vociferó muy disgustada Mirna, mirando a su hermano.

Juanito levantó la vista sorprendido.

-Tú... tú... robaste nuestras nueces -gritó Mirna-. ¡Te odio! -dijo golpeando el suelo con el pie.

-¿Qué es lo que yo hice? -preguntó Juanito dirigiéndose hacia la mesa.

-Tú sabes lo que hiciste. Te robaste nuestras nueces.

-Yo no las robé -afirmó Juanito. Pero Mirna no lo escuchó.

-¡Tú lo hiciste! ¡Tú lo hiciste! El plato está vacío.

La mamá acudió para ver qué era toda aquella bulla, y escuchó las palabras airadas de Mirna:

-Tú lo hiciste. Tú te llevaste todas nuestras nueces. ¡Eres malo!

-Yo no lo hice -se defendió Juanito mirando a la madre-. Yo no toqué las nueces.

-Mirna, entremos en la casa. Tú estás enojada -dijo la mamá-. Llevemos la mesita dentro de la casa. Creo que tenemos más nueces en el armario.

Parecía que también Trína estaba a punto de llorar. Trína la siguió a la casa. Juanito llevó cuidadosamente la mesita mientras la mamá llevaba el plato de sandwiches y la leche de vuelta a la cocina.

-Las niñas comieron su comida en silencio. Trína tenía los ojos llenos de lágrimas, y Mirna tenía fruncido el entrecejo. Juanito estaba sentado en el porche con la cabeza entre las manos. La mamá tenía algunas arruguitas en la frente. Mirna a menudo se enojaba y decía cosas injuriosas. Eso le preocupaba a la mamá.

De pronto Juanito levantó la vista hacia el árbol de Arce. Entonces entró en la casa y tomó unas nueces. Las puso en un plato, fue al patio y colocó el plato cerca del árbol. Apenas se había retirado de éste cuando algo semejante a una esponjosa flecha gris saltó del árbol, tomó una nuez y corrió de vuelta al árbol. Al instante había regresado por otra.

-¡Mamá! ¡Mírna! -llamó Juanito-. Vengan rápido.

Mírna, la mamá y Trína aparecieron en la puerta.

-Yo no saqué tus nueces, Mírna, pero sé quién lo hizo -sonrió Juanito y le hizo una guiñada a la mamá.

-Pero... pero... -comenzó a decir Mírna y se detuvo al ver a una esponjosa ardilla gris que bajó del arce y corrió hacia el plato que Juanito había puesto en el patio.

-¡Ahí está! -señaló Juanito.

-¡Miren eso! -dijo la mamá.

-Fue una ardilla. No fue Juanito -se rió Trina.

Mirna no dijo una sola palabra. Agachó la cabeza y refregó el pie contra el suelo.

-No fue Juanito -dijo suavemente la mamá.

-No, no fue Juanito. Fue una ardilla -se atrevió a decir Mirna en una voz muy baja-. Y... y... yo... yo... fui otra vez desconsiderada. ¿Me perdonas, Juanito? Siento que dije cosas tan duras. No quería herirte.

-Por supuesto, Mirna, te perdono -respondió generosamente Juanito.

Trína miró a Mirna y vio que su ceño había desaparecido.

-Yo sé lo que te ayudará, Mírna -susurró Trina-. Pídele a Jesús que te ayude.

-Yo lo haré -afirmó Mírna-. Le pediré a Jesús que me ayude a ser considerada en lugar de ser desconsiderada.

-¡Miren! -llamó Juanito-. Esa ardilla tiene las mejillas llenas de nueces.

-¡Oh! -exclamó la mamá-. En el arce hay un agujero y en ese agujero se metió la ardilla.

Está almacenando nueces para el invierno -dijo Trína.

Es una ardilla muy previsor. Está pensando en el alimento para sus pequeñuelos durante el invierno -afirmó Mirna.

-Tal vez tengas razón, querida -añadió la mama.

-De aquí en adelante seré más considerada -prometió la niña rodeando con su brazo a Juanito.

MORDISCO DURO

El mozo trajo el plato caliente de pasta y lo colocó frente a Liliana. Oh, parecía muy rico. Había estado esperando esa noche con ansias durante toda la semana, porque había salido a comer a su restaurante preferido. Inspirando profundamente, se deleitó en el delicioso aroma.

Pero, lo que comenzó como una noche maravillosa rápidamente se convirtió en una pesadilla. Mientras Liliana comía la pasta, mordió algo duro y oyó un sonido terrible, como de un chirrido. Instantáneamente dejó de masticar, y su mano voló a su mandíbula, mientras hacía un gesto de dolor. Qué manera terrible de arruinar la noche.

Liliana sintió como si algo la hubiera golpeado. Y lo peor fue que la piedra se le incrustó entre los dientes. Usando su lengua, trató de quitar el objeto, pero no lo pudo aflojar. Se miró en el espejo del baño, y trató de acercarse a la piedra desde diferentes ángulos, pero sin éxito. ¡Esto era terrible! Ahora, tendría que ir al dentista para que se la sacaran. ¡Oh!, ¿por qué tuvo que pasarle esto a ella?

La visita al odontólogo no estuvo libre de dolor, tampoco. La piedra se había atascado bien. La desgracia de Liliana parecía no tener fin. Pero, esta historia tiene un giro sorprendente: cuando el dentista sacó la piedra, resultó ser un diamante sin cortar, que valía 3.500 dólares.

¿Alguna vez te pasó algo malo? ¿Te preguntaste por qué Dios permitió eso? La Biblia nos asegura:

“Sabemos que Dios dispone todas las cosas para él bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito”. Esa es una promesa maravillosa.

A veces, podemos sentir como si todo estuviera saliendo mal; pero, aun en tiempos difíciles podemos estar seguros de que Dios está en el control. Quizá no entendamos por qué permite que nos pasen cosas malas, pero al final todo saldrá bien.

Por Helen Lee Robinson